

Celibato y compensación¹

Amedeo Cencini²

Si bien no es el único aspecto en cuestión, con la elección del celibato el sacerdote también dice “no” al ejercicio del instinto sexual, que no sólo está profundamente radicado en su naturaleza humana sino que está conectado con el resto de su personalidad. Ello tiene consecuencias innegables a nivel de la armonía general de su persona.

«La vida de quien se ha casado - al menos potencialmente - garantiza un mejor funcionamiento psico-físico, ya que del repertorio de necesidades que componen el micro sistema *sexualidad*, se le permite poner en juego un número mayor respecto a quien es célibe. Por lo tanto, en este sentido, el célibe sabe que parte “más pobre” o que corre el riesgo de permanecer más joven - pero en el sentido poco halagüeño de “inmaduro” - porque para no sentirse desafiado en tener que desarrollar la propia sexualidad de célibe en forma adulta, podrá congelarla en un estadio del desarrollo en el que todos son célibes: la infancia, o la pre-adolescencia, o la adolescencia, o la juventud de espléndido *soltero* [...]. Que el célibe esté expuesto a un riesgo mayor en el área sexual respecto al casado, está vinculado al hecho que, de cualquier forma, la vida matrimonial - en especial, la experiencia de la paternidad física - es un potente acelerador del desarrollo. Sería como decir: el célibe puede jugar a hacer de adulto, haciendo como si lo es, mientras en realidad es aún un adolescente. El casado [...] podrá hacer de cuenta que es adulto, pero tarde o temprano se dará cuenta que la vida de sus hijos no es una ficción».

Desequilibrio entre frustración y gratificación

El célibe se encuentra en una peligrosa situación, ya que la renuncia al ejercicio del instinto genital también implica una menor posibilidad de expresar otras necesidades fundamentales, y no sólo la genital-sexual. Esto tiene consecuencias no menores. El riesgo es el de un desequilibrio intra-psíquico (entre frustración y gratificación), creando a su vez una «tensión de no gratificación» que al inicio es inconsciente, pero después podría, a la larga, resultar insoportable, siendo una renuncia no sólo a un instinto sino a un conjunto de gratificaciones instintivas. A ello se puede reaccionar buscando gratificaciones alternativas, muy a menudo sin saberlo o fuera del control del sujeto (los famosos subterfugios de un

1 CENCINI, Amedeo, «Celibato e compensazione» en *Tredimensioni* 8(2011) 43-52. Traducción: F.

2 Psicólogo y formador, Seminario de los Padres Canosianos, Verona.

Yo frustrado), ya sea en el ámbito de la afectividad-sexualidad que en el de otras necesidades que quedaron... resguardadas.

Sostener cualquier elección supone sobre todo el descubrimiento del aspecto positivo de lo que se elige. Es este elemento preferencial que dá la fuerza para renunciar al resto, no porque el resto sea para tirar y despreciar, sino porque no sostiene la confrontación con el tesoro que la persona ha entrevisto. El "no" es hecho posible por el "sí" previo. Cuanto más costosa es la renuncia, más motivada debe ser la elección, sobre todo en términos afectivos.

Pero cuando esto no se realiza se crea un desequilibrio intra-psíquico entre frustración y gratificación. Sin tener que llegar a una verdadera transgresión, este sentido de debilidad-precariedad habla de una elección demasiado desequilibrada, pesando el lado negativo de la renuncia antes que el elemento preferido; la renuncia será sentida como excesiva ya que no está suficientemente contrabalanceada por una sensación positiva y gratificante. Más concretamente, este desequilibrio se dá cuando la elección del celibato por el reino: *no es apoyada por una suficiente motivación personal y convicción de valores, no suscita un testimonio concorde ni se traduce en coherencia de vida.* Hay cuatro diversos aspectos que a veces pasan inobservados y que sin embargo merecen atención.

Motivación personal insuficiente

Es la situación que se crea cuando el sujeto hace una elección pero aún no ha descubierto su «tesoro», y por lo tanto, le falta el motivo central para hacer dicha elección y renunciar a todo lo otro. Ya que la renuncia que implica el celibato es personal e incide en la vida y en la felicidad de quien la hace, es lógico que la motivación también deba ser personal, fruto de una elección de este estado de vida subjetivamente preferida, creando el gusto y el gozo correspondientes. Si esto no existe, la frustración y el desequilibrio interno de tipo *emotivo* serán inevitables, siendo más o menos advertidos en forma consciente; es más, al inicio de todo son inconscientes y después, con el tiempo, siempre más explícitos.

Poca convicción de valores

La elección del celibato representa algo original en el plano intra-psíquico (implica también la renuncia al derecho fundamental de todo hombre a procrear); de hecho, casi nunca es la primera motivación para la elección del sacerdocio. Se trata entonces, de una disciplina eclesial (se habla, efectivamente, de ley del celibato). Por lo tanto, cierta duda sobre la bondad de la cuestión en sí misma, sobre su legitimidad y conveniencia no es para nada escandalosa: no es un signo negativo de vocación, sino un componente del proceso de decisión. Sin embargo, está claro que si un seminarista continúa durante demasiado tiempo sintiendo al celibato como una imposición desde el exterior, algo que hay que sufrir para acceder al sacerdocio, inevitablemente vivirá un celibato frustrado, injusto; se sentirá oprimido y cansado por una ley que

los otros le han puesto sobre las espaldas. Es decir, sufrirá de un desequilibrio interno, esta vez a *nivel-intelectual*, vinculado a la posibilidad de encontrar y dar sentido a lo que hace.

Celibato autorreferencial

La interpretación del celibato como algo que está en función de la propia perfección es otra fuente muy frecuente de desequilibrio. Como si fuera una elección que solamente los consagrados pueden comprender y «soportar», y que los otros absolutamente no pueden entender...; ignorando así que la castidad es un consejo evangélico para todos, en cuanto - en su núcleo - expresa la verdad del corazón humano, hecho por Dios para que sólo en Dios pueda encontrar la plena satisfacción. Es más, el sacerdote célibe testimonia y quiere tener viva esta verdad para todos, para que ninguno pretenda poder colmar la sed de afecto de otro, y cada uno respete, en sí mismo y en el otro, el espacio del corazón que puede ser llenado solamente por Dios. También aquí está claro que vivir el celibato solamente en función de las propias economías espirituales, a la larga se vuelve frustrante y siempre más improbable y difícil de observar. Derivará de ello, un desequilibrio que se expresará - esta vez - a nivel del comportamiento (y hará que el célibe sea ácido, pronto a escandalizarse por nada, y también chismoso, gruñón y quisquilloso).

Vivencias incoherentes

Decir que el celibato equilibrado se asocia al deseo de coherencia no se reduce a un discurso moralista que por descontado, advierte que no hay que transgredir. Apelar a la coherencia enfatiza la perspectiva: dice que conviene preocuparse más por aprender cómo vivir el celibato y no solamente cómo defenderlo. Por lo tanto, coherencia no es en la versión limitada del evitar la transgresión, sino en el sentido propositivo de la atención a la construcción de un celibato veraz. La incoherencia (no solamente como transgresión sino como mala construcción), por pequeña o grande que sea, siempre crea frustración y por lo tanto desequilibrio interior, aún cuando la persona no se dé cuenta de ello y no advierta (o diga no advertir) sentido de culpa.

Desde este punto de vista la psicología es incluso más tajante que cierta teología moral, al recordarnos que no existen gestos o elección, actitudes o aún simples disposiciones interiores que puedan ser consideradas inocuas, neutras, pequeñas o insignificantes..., o que no dejen alguna marca en nuestra psique. Frente a una elección que quizás no sea abiertamente transgresora, pero sí un poco ambigua y no en línea con la propia identidad-verdad, nadie puede decir: «esto que estoy haciendo no contamina mínimamente mi elección», porque no es verdad; aún si dicha acción es pequeña (por ejemplo, una curiosidad sexual gratificada, un gesto no bastante respetuoso del otro...) termina por incidir sobre la elección. En todo caso, crea una sensación de frustración y tensión desequilibrante por un simple motivo: porque ha contradicho la verdad de la persona. Este desequilibrio nace en la consciencia pero después está destinado

a repercutir sobre toda la persona.

Estas cuatro actitudes (evidentemente junto a otras) pueden tener un efecto desestabilizante en la vivencia del celibato, ya que antes crean un situación desequilibrada en la persona del célibe a causa de una renuncia no suficientemente motivada e integrada.

El mecanismo defensivo de la compensación

Se trata de uno de los trucos que más se usa para «resolver» este desequilibrio. La compensación es un mecanismo defensivo por el cual se trata de balancear los componentes negativos de alguna situación vital - como puede ser una renuncia vinculada a una elección - buscando cierta gratificación en otras situaciones existenciales y en forma más o menos incontrolada. En nuestro caso, la compensación es el peligro que el sacerdote corre cuando la elección celibataria es sobre todo débil y precaria a nivel de motivaciones, convicciones, testimonio y coherencia de vida; por lo tanto, exponiéndolo a la necesidad de compensación con las cuales amortiguar el peso de la renuncia.

Con la compensación se trata de recuperar cierto equilibrio más o menos (in)estable y que de alguna forma permita a la persona soportar la tensión (determinada por una renuncia no bien procesada) sin tener que cambiar la propia disposición vital o la elección realizada. Por un lado podríamos decir que este célibe logra contenerse solamente gracias a la/s compensación/ciones (situaciones actualmente muy frecuentes); por otra parte, también tendríamos que agregar que con dicho equilibrio no se lo provoca - al célibe - a ir a la raíz de los propios problemas y dificultades, para convertirse o para re-motivar la propia opción de vida. Como todo mecanismo defensivo, también la compensación tiene una ambigüedad fundamental y resuelve los problemas sólo por la mitad o aparentemente. Produce una saciedad que es aparente. Es como un plato de fruta de plástico que puede crear gustos, hábitos y dependencias tan reales que será difícil liberarse de ella. La compensación también siempre es traicionera.

En el área afectivo-sexual

La compensación podrá ser buscada en el mismo campo de la sexualidad, concediéndose gratificaciones parciales, pequeñas - al inicio -, pero siempre más o menos desviantes respecto a la elección de celibato (aún si nunca del todo). Por ejemplo: no decidirse nunca a aceptar vivir la soledad y encontrar siempre el modo de llenarla, tranquilamente permitirse lecturas o imágenes ambiguas para gratificar insistentes (y un poco atrasadas) curiosidades sexuales, o cultivar relaciones afectivas con formas de pseudo-intimidad típicas de otros estados de vida y que efectivamente distraen al célibe de la verdad de su ser, hasta llegar a comportamientos decididamente desviantes pero que el sujeto vivirá siempre como menos desviantes.

En realidad, tales compensaciones no compensan nada, sino que crean, después de una inmediata sensación de gratificación-de-liberación, un gusto

doloroso, hecho de soledad, de distimia personal, de rabia. El motivo es el que hemos dicho anteriormente: lo que no va en la línea de la propia identidad y verdad sobre el ser, no puede ser gratificante y resultar satisfactorio. Es más, el gusto doloroso que sigue a la inmediata sensación de placer satisfecho, es un buen signo. Indica que la sensibilidad aún está intacta, que el sujeto prueba disgusto cuando se aleja de la propia verdad o de los ideales en los que él mismo ha reconocido su identidad. El momento en el que tuviera que desaparecer este gusto doloroso - en términos más espirituales-ascéticos sería una especie de remordimiento de la consciencia - indicaría la pérdida también de cierta sensibilidad moral.

De la compensación a la verdadera crisis

La práctica enseña que normalmente el pasaje de la compensación a la verdadera crisis sigue etapas bien identificables.

1. Primeras y ligeras gratificaciones veniales que sirven para llenar cierto vacío y no generan problemas de consciencia.
2. En la medida en que se repiten, dan lugar a hábitos gratificantes normales (o sentidos como tales) y que cada vez más espontáneamente se pondrán en acto para poder continuar viviendo el empeño del celibato (o se advertirá cierto condicionamiento).
3. De tal forma, existirá cada vez más una ambigüedad de comportamiento y de sensibilidad. Por ejemplo, el célibe que aprendió a llenar todo espacio de soledad, nunca aprenderá a vivir cierta intimidad con Dios, justo aquella que se nutre de soledad y la busca, y por lo tanto, no nacerá o será muy débil en él cierta sensibilidad por determinados valores espirituales. Así, llenar la soledad será cada vez más una forma de compensar un celibato débil, que será siempre más débil.
3. Hasta que el comportamiento o la compensación se vuelve un mecanismo automático. Entonces el individuo será menos libre o perderá el control de lo que hace. También porque está siempre más adicto a ello; hasta el punto que lo que antes era suficiente para obtener cierta gratificación ahora ya no basta; se necesita otra cosa o más de lo mismo, hasta llegar a implicar también el ámbito moral. Es como si la persona hubiera perdido progresivamente la vitalidad interior, desde la capacidad de gozar a la de tener bajo control la propia vida (cuánto más uno hace lo que le gusta, menos le gusta lo que hace); y siempre tuviera más necesidad de cierta actitud-comportamiento compensatorio...
5. Que generalmente traerá como resultado, antes o después, una crisis afectiva y sexual. Las crecientes exigencias de la pulsión gratificada entrarán en conflicto con un Yo siempre más débil y con una consciencia cada vez más incapaz de oponerse a las exigencias, y siempre más proclive a confirmar los comportamientos que las gratifican. Y aquí se consuma la traición de la compensación.

Normalmente es aquí, cuando se extravía la sensibilidad psicológico-moral, que lentamente se pueden provocar ciertos tipos de comportamiento que se

alejan cada vez más de cierta norma moral, alcanzando una gravedad progresiva. Aludimos a todas las formas de gratificación sexual, de tipo erótico u homosexual, que están en contraste con la opción del celibato, pero que de hecho parecen que consienten al célibe de continuar en su elección y hasta considerar que no tiene que contradecirla, simplemente porque no existiría una verdadera relación sexual.

Estas formas, que siempre tienen una finalidad compensatoria, podrían ser consecuencia o resultado *no* de una patología ya existente e incontrolable, sino de un estilo de vida inauténtico, que poco a poco condujo a la persona hacia estas desviaciones, sin sentirlas como tales (o sin sentido de culpa).

Compensaciones no sexuales del (aparente) célibe

La compensación de la gratificación que no se dá en el área de la sexualidad también puede dirigirse a otras áreas. Efectivamente, como se ha dicho al inicio, la renuncia al ejercicio del impulso genital-sexual pone al célibe en una condición de pobreza, privándolo de una normal vía de canalización, no sólo del impulso sexual sino también de otras necesidades vinculadas a él directa o indirectamente (desde la agresividad a la afirmación del Yo, desde el dominio a la dependencia). Por lo tanto, existirá el peligro que alguna de estas necesidades que permanecen frustradas, en algún momento... exploten, reivindicando la gratificación que falta. Esta gratificación incontrolada, de alguna forma permitirá al sujeto reequilibrar la situación interna, posibilitándole paradójicamente, continuar viviendo su celibato y también la renuncia vinculada a él, ya que es una renuncia compensada en otra área.

Área de la agresividad. Es el caso por ejemplo, del reverendo muy casto, que vive en absolutamente continencia pero que en cierto momento se encuentra con una notable cantidad de energía agresiva reprimida o removida dentro de sí mismo, nunca elaborada (a veces por el prejuicio negativo sobre la agresividad). Es una rabia subterránea que antes o después se volverá resentimiento generalizado, insatisfacción permanente, con sentimientos cada vez más difíciles de manejar. Mientras pueda, los tiene escondidos bajo un rostro sonriente y aparentementente suave, pero también podrán explotar, por motivos bastantes fútiles, en arranques de furia improvisos, o en intolerancia y hostilidad, particularmente hacia personas generalmente más débiles, o como tendencia a desvalorizar siempre a los otros, especialmente a los que son percibidos como más fuertes.

Área del poder. Otra necesidad relevante, no gratificada en el caso del célibe, es la afirmación del yo, que en cambio, encuentra en la relación matrimonial una satisfacción natural en una síntesis complementaria entre dominación y sumisión. Es peligroso encontrarse con esta necesidad al descubierto, porque su compensación puede llevar a una búsqueda, más o menos intermitente, de roles o situaciones de mando, de autoridad y de poder - aún si parecen insignificantes- con tal que sea poder sobre alguien o sobre algo, pero después exhibido con un penoso sentido de ostentación.

Área del narcisismo. La necesidad de autorrealización, mortificada por el celibato, puede ser compensada con la manía de hacer carrera, carrera eclesial (¡qué contradicción de términos!), un verdadero virus eclesial que distorsiona el sentido del ministerio y contamina el corazón del ministro, que también podrá ciertamente no ser casto, a imagen del Maestro. De hecho, para alcanzar puestos de prestigio aprenderá a ser escalador y materialista, vanidoso y exhibicionista; para ser el primero también tendrá que aprender a ser alcahuete con algunos y a ser despiadado con otros, creído y envidioso de muchos, inseguro y sin escrúpulos hacia todos; para después mantener la posición alcanzada deberá ser hasta cínico e irónico, complaciente y arrogante. Además, la compensación también es siempre un vergonzoso desperdicio de energía.

Área del tener. También es un clásico en la vida de tantos, demasiados sacerdotes, castos o..... técnicamente célibes en el plano comportamental, pero después, extrañamente apegados – como un ídolo escondido (y a veces ni tanto) - al dinero: por lo tanto, para nada castos. También acá parece activarse la lógica compensatoria: el sentido positivo y de seguridad del yo que es otro fruto natural de la relación de pareja. Se busca - en el caso de los pseudos-célibes - en el dinero, en la garantía de tener bastante, en la pretensión de una vida llena de comodidades, eliminar lo más posible todo riesgo o incertidumbre sobre el futuro, y por lo tanto, en la avaricia y en la necesidad de poseer siempre más, como si la dignidad del yo fuera equiparable a su poder de adquisición!. ¡Es fácil, pero también triste, pensar cuánto anti-testimonio exista en la vida de un sacerdote obsesionado por el dinero! En cambio, no es para nada fácil convencerlo que su celibato es falso.

Área de la identidad. Otra compensación singular es aquella relativa al sentido de la propia identidad que, en el caso del casado, se afirma extendiéndose y prolongándose en los hijos. No teniendo hijos que lo recuerden, el sacerdote puede estar especialmente expuesto a cierta manía de visibilidad personal que a menudo lleva a la obsesión por el hacerse recordar, por ejemplo, por las obras realizadas, las iniciativas emprendidas, los libros escritos, las palabras dichas, los títulos adquiridos, los sucesos obtenidos... «Tal pretensión de hacerse recordar está estrechamente emparentada con la falta de fe y representa una especie de resurrección hecha por uno mismo: "Cuando estaré muerto continuaré viviendo en la memoria grata o estúpida de quien se acordará de mis obras"»³. Y como siempre, cuando la fe es pobre, por obligación debe inflarse el yo en una manía ingenua de grandeza.

Los ejemplos podrían continuar. Lamentablemente. Dicen la miseria de una vida que - por una renuncia mal digerida - va buscando, se nutre y se accontenta de subrogados, terminando así por renunciar también a la propia dignidad.

Por esto es demasiado poco, y también siempre demasiado tarde, preocuparse solamente por las compensaciones más graves e inquietantes.

3 G.C. Pagazzi, *Il prete oggi. Tracce di spiritualità*. EDB, Bologna 2010, 55.